

que al salir del Perú visitase la República del Ecuador, y principalmente su capital. Las mismas razones que hicieron brevísima mi estadía en Lima, me obligaron á declinar aquellas invitaciones, con promesa de que en un nuevo viaje, yo, ú otro delegado futuro de la Universidad de Oviedo, tendrá el honor de comprender en su itinerario la República ecuatoriana.

Algunas indicaciones se me hicieron también con referencia á la República de Colombia, á las que contesté igualmente; expresando además (como con respecto del Ecuador lo hice antes), que de haberse recibido expresión de estos deseos antes de mi salida de España—en contestación á la Circular de Diciembre de 1908,—la traza del viaje se hubiera amoldado á ellos con toda sinceridad y satisfacción por nuestra parte.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. para los efectos oportunos.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Méjico 20 de Diciembre de 1909.—*Rafael Altamira y Crevea.*

## II

### Incorporación á la Facultad de Letras.

Inició el acto el Decano de la Facultad, Doctor Javier Prado y Ugarteche, con las siguientes palabras:

Señor Rector:

La Facultad de Letras, teniendo en consideración los altos merecimientos del ilustrado catedrático de la Universidad de Oviedo, señor Rafael Altamira, y la importancia de sus obras científicas y de su labor universitaria, lo ha elegido Doctor en nuestra Facultad de Letras.

Nuestra Facultad ha recibido con profunda consideración y simpatía las sabias y altas enseñanzas del profesor de la Universidad de Oviedo, pues ellas han de contribuir al estrechamiento de los vínculos de unión de la Universidad ovetense con la Universidad peruana. (*Aplausos.*)

Os ruego, señor Rector, que, en nombre de la Facultad de Letras, acreditéis al Sr. Altamira,

dándosele el grado y título con todas las preeminencias que le corresponden. (*Aplausos.*)

Después de la conferencia del recipiendario, el Profesor D. Carlos Wiesse pronunció el siguiente importante discurso, relativo, en su mayor parte, á la influencia intelectual española en el Perú.

Señor Rector:

Las instituciones docentes, como todas las asociaciones humanas, afianzan la continuidad de nuestra acción, procurando que las situaciones sociales reaccionen en períodos sucesivos y se constituyan en parte integrante de las demás. Esas instituciones son verdaderos cauces por donde se perpetúa alguna porción de la tradición social y por donde se proyecta un momento lejano de la actividad humana en otro más reciente. Con este criterio, las colectividades llegan á considerar á las instituciones como cosas independientes de la existencia natural, como un estado de la mente y tipo del pensamiento general, como un haz de conceptos y emociones perdurables, como un cuerpo, en fin, de conclusiones relativas á la dirección de la vida intelectual.

En nuestra Universidad se produce también ese fenómeno de la continuidad de influencia de los espíritus y de las ideas, en virtud de la cual nos apercebimos de que otros que no están presentes ni en el tiempo ni en el espacio, se mantienen personalmente inmortales; y miramos á esta

vieja Academia bajo el aspecto de un edificio ideal, indestructible, en que nuestra generación está constituida por un concurso de personas entre las cuales representan menor número las vivientes del momento actual.

Ascendiendo ahora en el curso de la serie de generaciones agrupadas alrededor de ciertas ideas y métodos fundamentales, la influencia no desaparece; pero se hace menos determinada á la vez que más amplia. Siempre una generación conserva y aprovecha alguno de los modos de pensar, de sentir ó de obrar de otros hombres que precedentemente habían tomado distintas direcciones para resolver los problemas del bienestar común.

Ufánanse, por ejemplo, los vivos de esta generación universitaria, de no haber perdido el espíritu de universalidad, de libertad y de progreso que diera tantos días de gloria á la institución en el tiempo de la existencia material de los ausentes que informaron ese espíritu. Creemos que si la Universidad lo perdiera, sería «verdadero cuerpo sin alma, deslucida apariencia de lo que fué, lamentable resto de un pasado sin porvenir», según la expresión del maestro Lorente, dirigida en 1876 desde esta misma tribuna al concurso de la generación actual. Pero ¿no es cierto que en el deseo, que aquel espíritu supone, de propender á la universalidad de los conocimientos y de realizar el mejoramiento de una colectividad mediante una cultura superior, estamos continuan-

do una influencia más lejana de una generación distinta? Indudablemente que sí; es á saber: la de los dominicanos, que, dirigidos por Domingo de Santo Tomás, fundaron en Lima «estudios generales» el año de 1553, y la del virrey Toledo, verdadero fundador de la Universidad de San Marcos, en 1572.

También, lo decimos para mayor ilustración, la generación de los Canella, los Altamira, los Posada y otros de la Universidad de Oviedo, cuyo espíritu expansivo prelude el advenimiento de un nuevo período intelectual y ético en el proceso de la civilización, continúa una influencia remota, análoga á la que experimentamos los obremos de esta Academia limense: la de una fuerza creadora del alma española que determinó al Arzobispo Valdés Salas á encender el sagrado y vivificador fuego de aquella vieja Academia ovetense.

Sirva lo que acaba de comprobarse, á manera de respetuoso saludo á los fundadores de estos centros del saber, porque también queremos que algo de nosotros se transmita y valga en otra generación, en interés de una socialización más intensa de los elementos humanos; y vengamos á formar—pues la oportunidad de la incorporación del profesor Altamira lo reclama—la lista de los ausentes españoles más allegados que continúan su influencia, en mayor ó menor grado, sobre la cultura general y filosófica del Perú emancipado.

Por liberal en su juventud tuvo José Joaquín de Mora que emigrar de España á Inglaterra el año de 1823. Familiarizado con las ideas anglosajonas, escribió en Londres textos de enseñanza destinados á los hispano-americanos; textos que tituló *catecismos*. Partidario de la independencia de las antiguas colonias españolas, pasó primero á Buenos Aires y después á Chile, donde escribió para el Liceo, del que fué director, un *Curso de Derecho*, publicado el 1.º de Abril de 1830. Quiso Mora, con esta obra, romper el círculo vicioso de los estudios copiados de las Universidades de la Península. En el Perú fué recomendado por los catedráticos de Lima y Ayacucho, y tívosele por más hermoso que el de Heinecio, el cual, sin embargo, era preferido por cuanto, presentando una serie de verdades bajo puntos de vista bien reducidos, servía de auxilio á la memoria de los jóvenes juristas en la edición original latina, en las traducciones del Dr. Tejada, de 1826, y en la de un catedrático de Ayacucho, que le agregó castigaciones inspiradas en Pufendorf y Burlamaqui, y notas copiadas íntegramente del libro de Mora. Desterrado de Chile en 1831, fué acogido Mora por Pando y los conservadores peruanos, cuyas ideas en cuanto á conseguir la regeneración del país por medio del ejercicio de una autoridad semejante á la consular de Francia, había llegado á adoptar aquél. En el Perú y Bolivia, países en que residió hasta 1838, estableció Mora el Ateneo del Perú y un colegio de segun-

da enseñanza, y publicó un *Curso de Lógica y Ética* inspirado en las doctrinas de la filosofía escocesa, rompiendo así con la tradición de la antigua escuela española, que no había cesado de dominar en San Marcos, no obstante la decadencia del escolasticismo en el siglo XVIII y la difusión de las ideas nuevas de los enciclopedistas.

La enseñanza con los libros de Balmes *El Criterio*, *Filosofía Elemental* y *Filosofía Fundamental*, estuvo grandemente difundida en los colegios universitarios, seminarios y colegios secundarios, hasta muy entrado el último cuarto del siglo pasado, no obstante la introducción de los libros elementales de la filosofía espiritualista francesa de Jules Simon y Saisset y de los de la derivación krausista de Ahrens. Como con los libros de Mora, la atracción del público se determinó primeramente por las cualidades del estilo de Balmes, cuyas páginas, como la de la inmortalidad del alma, donde dice: «Duélese el hombre de haber visto la luz del día. Hoja que el viento lleva, arista que el fuego devora, flor de heno secada por el aliento de la tarde, ¿quién le ha dado el conocer con tanta extensión y amar con tanto ardor, si sus ojos se han de cerrar para no abrirse jamás, si su inteligencia se ha de extinguir como una centella que serpentea y muere, si más allá del sepulcro no hay nada sino soledad, silencio, muerte por toda la eternidad?...», se recitaban con creciente ardor y efusión por el

estudiante, encantado por la belleza de la expresión. Luego el *concretismo*, ó *realismo*, que constituye la originalidad de Balmes, producía una segunda atracción. Aparte de esto, el carácter polémico de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo* y de las *Cartas á un escéptico*, produjo un movimiento de simpatía del elemento católico imperante. Creyóse que la restauración de la filosofía católica intentada por Balmes, reanimando con elementos nuevos sus formas tradicionales, había demostrado que era pueril y reñido con los hechos el cargo de que entre la ciencia y la religión había antinomias, conflictos y antagonismos. Esto ha tenido la ventaja de sacar la discusión, entre los partidarios de una y otra, del terreno de intransigencia del dogma ó de la institución establecida en contra de la innovación, de convencer á la teología seminarista que no debe acentuar la contradicción entre ambos y de dar mayor confianza al investigador en los métodos científicos.

Por su mayor espíritu filosófico y crítico, Balmes ha ejercido influencia más provechosa y duradera que la de Donoso Cortés, iniciador de la tendencia *tradicionalista* en España. Iniciada la introducción de esta filosofía con la ferviente admiración de mucha juventud amante de la pompa y majestad literaria, consiguió secuaces arduos en el campo del sentido religioso exagerado, y formó batalladores, más que observadores científicos.

Por el canal de la tendencia krausista que desarrolló en España Sanz del Río, se introdujo en las escuelas peruanas, desde los tiempos de don Bartolomé Herrera, la enseñanza del Derecho Filosófico de Ahrens, al mismo tiempo que la de la filosofía espiritualista de Cousin: con lo cual se derrumbaron las ruinas del antiguo edificio del escolasticismo colonial, que todavía obstruían los campos de la mente universitaria, y se excluyó de las aulas la insuficiente filosofía jurídica de Heinecio. Dura todavía en la Universidad del Cuzco la enseñanza de Ahrens, aunque, al parecer, desprovista de método pedagógico apropiado á hacerla fructífera. La dirección metafísica de la influencia krausista se redujo á algunos espíritus aislados, principalmente en los profesores de ciencias jurídicas, y fué explicada, aunque con brevedad, entre los sistemas panteístas, para combatirla, en la Facultad de Letras. Era que la filosofía católica de Balmes había alcanzado predominio, á la vez que la enseñanza del insigne humanista Sebastián Lorente.

Y hemos llegado, señores, á la oportunidad de agregar á nuestra lista el nombre de ese último educador de la juventud, cuya influencia continúa dejándose sentir todavía desde esta misma cátedra, que ilustró con sus sabios consejos, que adornó con la galanura de su palabra retórica y que cimentó con el caudal de su ciencia enciclopédica.

En Murcia, provincia española de su nacimien-

to, habíase graduado Lorente en Teología; en la Universidad de Valencia cursó Medicina, y en Madrid, el año de 1835, sentó plaza de filósofo en la regencia de la cátedra del ramo del Colegio Real de San Isidro. De estos centros, empapado del espíritu liberal que produjo nueva Constitución en las Cortes de 1837, vino Lorente á Guadalupe á dirigir ese colegio, que, efectivamente, inauguró en 1842, iniciando una era de renovación intelectual, al mismo tiempo que en el Convictorio de San Carlos, centro de la enseñanza filosófica y jurídica, en receso de la entonces vetusta Universidad, realizaba enérgicamente otra, pero en distinta dirección, el Dr. Bartolomé Herrera, quien había creído posible conciliar la enseñanza de Cousin y Ahrens con la de Bonald y De Maistre. La lucha de las dos escuelas levantó enseñanza contra enseñanza y cátedra contra cátedra, formó grupos políticos y científicos más coherentes, y significó, en resumen, un despertar del espíritu de la juventud y la ampliación del círculo de los estudios literarios é históricos y de las crónicas sociales, naturales y médicas.

Ya en 1876, cuando le conocí, y desde diez años antes, Lorente, después de desempeñar diferentes puestos administrativos, ocupaba el decanato de la Facultad de Letras, que sólo dejó con su muerte, acaecida en 1884. Puedo, pues, afirmar que poseía los dones que consagran á un director de la juventud y avaloran la importancia de su pensamiento científico. Como lo prime-

ro, Lorente sabía apoderarse del alma del discípulo para convertirla en blanda cera donde imprimía luego verdad sana y sentimiento noble. Poseía bondad de espíritu que fluía en un verbo sugestivo é inagotablemente rico de colorido. Su pensamiento, expresado en frase matizada, tal vez no era muy concreto y profundo; pero siempre despertaba la curiosidad y abría campo á la reflexión. En el terreno científico no figura Lorente entre los creadores ó inventores de sistemas filosóficos: fué más bien un promotor de cultura general, que anunció y transmitió adquisiciones nuevas de la ciencia europea, y que ordenó bastante material histórico dentro de una concepción más artística que científica; pues faltaban muchos materiales con el poco estudio que se había hecho de las primeras fuentes de la historia nacional. Fuera de esto, habíase colocado Lorente en un terreno bastante lejano del positivismo alemán, y notábase en él temor de que fuese mermada la autoridad del dogmatismo espiritua- lista cristiano. Esto explica su criterio histórico á lo Cantú, y que en todo lo relativo á las cuestiones sobre el origen del hombre, por ejemplo, diese explicaciones que las ciencias antropológicas y etnológicas no aceptan hoy, como la de que el salvaje es un tráfuga de la civilización, en lugar de representar un tipo del hombre primitivo, que las condiciones primeras del medio físico detuvieron en el proceso de su civilización. A los hombres, señores, debe juzgárseles siem-

pre con relación á la época y al medio en que vivieron. Lorente había salido de aquella generación generosa que, recogiendo el legado de los patriotas liberales españoles del año 12, cifró su ideal en desterrar el despotismo del gobierno, respetando la estabilidad de la dinastía; generación de literatos más que de filósofos, de aspiraciones científicas más que de investigaciones hondas. Trasplantado al Perú, fué siempre liberal español del año 37, como lo hubiera sido Martínez de la Rosa en cualquier centro intelectual fuera de la Península cuya renovación hubiera intentado.

La influencia de Lorente en la Universidad continúa, pues, no tanto por la cantidad de oro que hubiese recogido en los crisoles de su laboratorio científico, como por haber enseñado la orientación que debíamos seguir en nuestra evolución educativa: universalidad, libertad y progreso.

De los tiempos de la España de 1837, á los de la España de estos primeros años del siglo xx, hay gran diferencia de corrientes científicas por la aparición de múltiples influencias que no es del caso enumerar. Esta misma razón explica que hayamos cambiado los rumbos del tímido liberalismo científico de Lorente y que pretendamos una nueva renovación más comprensiva de la enseñanza. No me propongo decir aquí hasta dónde deberíamos ir en esa renovación, sino señalar la parte de influencia que en aquel deseo

tiene el profesor Altamira, que ha venido á tomar hoy posesión material del sitio que le corresponde en el Claustro de esta Universidad.

Habíamos experimentado esa influencia por el libro de propaganda científica y por el de exposición histórica de toda la actividad española, y también por el artículo de observación psicológica del ilustre profesor, leídos ó citados en la cátedra ó en el círculo social. Hoy hácese más honda la huella que ese libro ó artículo dejó en nuestra mente, al escuchar las lecciones que contiene, de los labios convencidos de su autor. Y mañana, el raudal de ciencia que nos ha proporcionado, irá á formar parte del patrimonio común de la Universidad y de la generación actual.

Recordaré, ante todo, que en la Sociología, considerada en su carácter verdadero de estudio de los hombres, vistos en su operación de modificar y en su situación de ser modificados por la asociación, en ese estudio hay una sección ó parte de práctica ó aplicación que se ha propuesto el siguiente problema: «¿Qué deberíamos tener en consideración, y qué medios nos pondrán en situación de considerarlo, para realizar, con la mayor sabiduría y justicia posible, lo que se ha estado ejecutando, menos sabia y justamente, antes de ahora, todos los días?»

Dar solución á esta cuestión fué el objeto principal de Comte, el fundador de la ciencia, como lo es el de las épocas de *diletantismo* sociológico, tan prolíficas en filosofías sociales y pla-

nes de mejoramiento social. Pero como Comte se equivocó de método, pues comenzó el estudio de la pirámide social por su cúspide, en lugar de principiarlo por su base, hubo que reaccionar en un período de *criticismo*, en el cual se mantuvo que era necesario conocer los hechos sociales antes de pretender reconstituir la sociedad por medios artificiales, y aun que no era posible reconstrucción alguna. Después de este período, créese hoy que los sociólogos criticistas han practicado ya bastante número de buenas investigaciones preliminares de todas las actividades sociales, y que con ellas hay material para mirar hacia adelante con la preocupación de resolver lo que la sociedad debe ser, á continuación de haber conocido lo que *fué* y lo que *es*. Encamínase así la Sociología á justificar su definición como ciencia del *completamiento* ó *perfeccionamiento* humano.

Necesítase, en efecto, considerar lo que la sociedad debe ser, en razón de que hoy se presentan luchas sobre la manera de distribuir los recursos que proporciona á los hombres la subyugación de la naturaleza, sobre quién debe poseerlos y en qué términos, y de que no está resuelto el problema de saber la parte que los bienes materiales representan en la determinación de la relativa oportunidad de los hombres en conseguir la satisfacción de los intereses correspondientes á sus fuerzas consecutivas. Luchas son aquellas en que los intereses intelectuales entran cada vez más en la arena, pretendien-

do servir de director en la tarea de armonización que se espera en época más ó menos lejana.

Ahora bien; el profesor Altamira, aunque no haya escrito un libro ó tratado de Sociología, demuestra en sus escritos educativos del niño y del adulto, en su campaña por el mejoramiento de la intelectualidad del obrero, que se está preocupando de resolver el problema fundamental de la sociología práctica, no solamente insinuando aspiraciones sentimentales, como deseo de mejoramiento, sino mediante una acción efectiva.

Y como la rectificación de una realidad presente ó siquiera la utopía en su forma de previsión adivinatoria, abstracta, de puro presentimiento, ó bien de previsión idealizada, según la clasificación de Posada, son cosas que forman parte del bagaje científico de una institución como la nuestra, y tienen el poder de excitar en alto el interés de cualquier asociación, la permanencia de la influencia del profesor Altamira se halla asegurada.

También el profesor Altamira como sociólogo de acción se cuenta en la escuela que mayor porvenir tiene, la que busca la clave del enigma social en la acción recíproca del individuo y la asociación, construyendo la ciencia sobre el estudio de las fuerzas psíquicas que residen en lo más hondo del individuo, pero que sólo tiene manifestación en el contacto con los demás; teoría saludable que le permitió decirnos el otro día:

«vuestra regeneración tiene que venir de adentro para afuera y vosotros seréis los únicos responsables si ella no se realiza.»

Hay, en efecto, que pensar cuán antinaturales son los fatalismos que resultan de la imposición de factores internos, y que todos los sistemas que no consideran la integridad del ser social arraigado en la conciencia individual, son falsos por no tomar en cuenta más que uno de los aspectos de la realidad. Así Tarde, con razón se insurrecciona en su *Psicología económica* contra la tendencia de la economía política, de mirar al hombre en sí como una especie de hombre ideal, y si pudiera decirse, completamente egoísta y utilitario. No, dice el gran filósofo; la economía, propiamente hablando, es un estudio de telescopía social, es decir, de concordancia de los deseos y de las necesidades entre sí.

La segunda razón para que el profesor Altamira continúe en el consorcio de influencias que forman nuestra fisonomía moral, creo encontrarla en sus libros sobre el método para la enseñanza de la historia y en su *Historia crítica de España*, porque el uno está en manos del maestro y el otro nos proporciona un modelo sobre cuya base el historiador peruano escribirá la de su patria.

Voy á explicar mi pensamiento con franqueza.

La exposición y crítica de nuestra historia en sus tres grandes épocas, como arte de relatar los sucesos pasados y de discurrir acerca de ellos,



«para demostración de determinadas doctrinas filosóficas ó como base para deducirlas», ó con el espíritu científico de Langlois, Altamira, etc., existe en el Perú, pero sin formar un cuerpo completo y con unidad de criterio, y en ciertas direcciones en la forma fragmentaria de monografías, colecciones de documentos de un período ó institución determinada. Quiero solamente indicar el hecho de que Lorente dejó pendiente su historia *ad narrandum* y de poco elemento *ad probandum*, con una laguna en que se coloca Paz Soldán (M. F.), historiador del período de 1809 á 1827 y de otros posteriores aislados; que Palma, con sus *Tradiciones peruanas*, ha evocado el coloniaje principalmente, dándonos una muestra del género reconstitutivo genial que debe leerse con notas, á fin de que no se confunda, como lo hacen ya muchos autores norteamericanos, la historia puro testigo de los hechos, con la narración unida á la inspiración del género poético. Hanse también comenzado á reconstituir las fuentes de la historia prehispánica con los trabajos del profesor Uhle, y mucho ha ganado nuestra información civil colonial con la serie de documentos publicados como anexos á nuestros alegatos en las cuestiones de límites con los países vecinos; pero muy poco existe de nuestro período de anarquía militar republicana, cuyos protagonistas ya tenemos derecho de conocer á la luz de las memorias suyas ó de sus contemporáneos.

Para la obra, pues, de reducir á la unidad la

historia del Perú hasta una época en que sea posible conservar la imparcialidad del ordenador, deberíamos, á mi juicio, proceder con el método general de la historia científica á que se ha dado forma en muchos países europeos, y en España por el profesor Altamira. En seguida, la época prehispánica ha de reconstituirse en interés general de la ciencia arqueológica y en el particular de nuestra nacionalidad, aprovechando de la comparación con otras civilizaciones contemporáneas y de las inducciones que de allí se derivan. El período colonial tiene que examinarse como período de diferenciaciones étnicas de razas que un acontecimiento histórico, accidental ó casual, puso violentamente en contacto, y como período de formación de una nueva rama de la raza superior en adaptabilidad al clima, energía, confianza en sí misma, previsión, sentido del valor de los bienes materiales más que de interés en esos bienes mismos, y estabilidad del carácter; sin perder de vista que es indispensable fijar de una manera bien concreta las relaciones de todo orden de las razas, para conocer los métodos empleados por la superior respecto de las menos domesticadas por la civilización europea. Por último, en la época de la emancipación hay que seguir, sin vacilaciones ni prejuicios, las vicisitudes de nuestra evolución social entera, sin volver la vista atrás para explicar las cosas por el fatalismo de la herencia, ni discutir los problemas ociosos de la excelencia de las razas que se

están asimilando en nosotros, y de las que tenemos sangre en mayor ó menor proporción, ó con quienes convivimos en interés común. En una palabra: creemos que debemos abandonar mucho de los historiadores sociólogos, para retener lo más de los «historiadores historiantes»; es decir, inclinarse menos de lo que hay costumbre (y tal vez es propio de una historia de la humanidad ó de un continente) á la filosofía de la historia, por tratarse de la historia general de un pueblo.

Señores: he terminado este homenaje sincero á la serie de nuestros educadores españoles, y doy el fraternal abrazo de este Claustro al doctor Rafael Altamira, de la Facultad de Letras.

### III

#### La conferencia á los estudiantes del Centro Universitario.

Especialmente interesa reproducir, de este acto, el discurso del presidente del Centro, don Carlos Enrique Paz Soldán, por ser expresión de las ideas y sentimientos de la juventud peruana relativamente á la obra americanista de la Universidad de Oviedo.

Profesor Altamira:

Señores:

El Centro Universitario de Lima realiza, con esta actuación íntima y modesta, acto por demás transcendental y significativo; y tales calificativos merece, porque desde hoy puede decirse que esta institución estudiantil adquiere el compromiso solemne de coadyuvar á la obra fecunda de construir la senda por la que, en no lejana época, españoles y americanos realizarán ampliamente el intercambio de ideas y sentimientos.

De esta manera, eminente profesor Altamira, corresponderá esta institución á vuestra bella iniciativa.

Representante de una juventud en la que persisten los nobles ideales de vuestra raza, me encuentro en el caso de ofrendaros los sentimientos de intensa simpatía que vuestra misión y vuestra persona despierta en la juventud aquí congregada; y perdonadme, queridos compañeros y amigos, si al interpretar este querer intenso de vosotros, no me es dable encarnarlo íntegramente en mis palabras sencillas y emocionadas. Sentimientos generosos, intensos, espontáneos como los vuestros, difícilmente encuentran en el verbo exteriorización completa, porque un idioma, por rico que se le imagine, nunca llegará á expresar con equivalencia matemática las infinitas delicadezas del alma entusiasmada. «Llegará tal vez un día, y muchas cosas anuncian que se acerca, un día en que nuestras almas se apercibirán sin el auxilio de nuestros sentidos» (Meterlinck). ¡Sólo cuando se cumpla esta profecía bellísima, de un soñador y de un filósofo, rendiremos admiración al hombre de mérito, al sabio, al novelista, al crítico, al historiador, al filántropo por medio del silencio, que vendría á ser entonces la sublime expresión de nuestro espíritu! Pero bien podemos sentir alegría vivísima. Nuestra simpatía intelectual, nuestra admiración consciente, nuestra amistad ya grande por el profesor Altamira, será expresada en la lengua sonora, bella

é infinitamente armoniosa que ya hablara en las viejas tierras castellanas y que inmortalizara Cervantes.

Sólo me apena no ser artífice de la palabra, para cincelar mis ideas hasta darles la sobriedad y belleza de un mármol clásico, porque desgraciadamente la medicina y la literatura son dos hermosas rivales, cuyas caricias es peligroso compartir; pero me alienta el convencimiento de que el crítico severo de Oviedo, en esta reunión de estudiantes, ha quedado eclipsado por el padre, el maestro, el sabio; es decir, el amor, la bondad, la tolerancia. Con este convencimiento alentador como guía, voy á aventurarme á la travesía de esa tierra fecunda y nueva, verdadera Atlántida, formada por el lazo confraternal hispano-americano.

¡Tierra fecunda y nueva!, puente granítico alzado sobre el abismo del Aislamiento, y por el que tumultuosamente cruzarían legiones de hombres é ideas.

¡Tierra fecunda y nueva!, especie de tronco gigantesco tendido entre dos mundos, y por cuyo interior pródigamente circularía savia vigorosa, que desde las entrañas de esa tierra fértil de América iría á convertirse, ante los ojos atónitos de Europa, en florescencias magníficas y nuevas, allá en la vieja y noble patria del Cid.

¡Tierra fecunda y nueva!, producto de corazones que, majestuosamente, verían nacer los hombres, semejantes á misteriosos bancos marinos

aparecidos al sol por el esfuerzo convergente de miríadas de infusorios.

¡Tierra fecunda y nueva!, verdadera tierra de promisión, anunciada proféticamente por la historia... Pero permitidme, señores, que abandone por un instante esta visión luminosa del porvenir; permitidme que la justifique, y que muestre los hechos pasados, profetizadores elocuentes y eternos de este futuro de unión y de belleza.

Toda profecía, ante el criterio científico, no es en realidad otra cosa que una inducción lógica, fundada en una serena y exacta apreciación del pasado, que permite encontrar el momento inicial de cada fuerza histórica, seguir su trayectoria, intensidad y vicisitudes al través de los tiempos, y deducir cuál será en el futuro su alcance y consecuencias. El hombre de estudio puede, del examen científico de una semilla, elevarse á la predicción profética, podemos decir, de las fases sucesivas de esta simiente al transformarse en planta, y los frutos que esta planta ha de producir.

Si nos colocamos ante el elemento primario, verdadera simiente de la confraternidad hispano-americana, ante ese potencial histórico que representa el descubrimiento de América, y acompañados por la historia recorreremos los cuatro siglos transcurridos hasta la fecha, creo que encontraremos materiales suficientes para una predicción profética—de un porvenir de unión con la Península—de exactitud matemática.

En síntesis, se puede afirmar que este pasado desempeña el papel de agente determinante del porvenir. No tengo la pretensión de realizar un desfile histórico que justifique esta afirmación; polarización profesional inevitable me veda la competencia y erudición que para tal esfuerzo es necesaria; por eso me limitaré simplemente á señalar esta fuerza, que nos une á España con todo el poder de una imposición histórica.

Pero no sólo esta razón nos obliga á la solidaridad con la madre patria; sobre ella, y con eficacia abrumadora, actúa el factor poderoso de la raza, porque nosotros los americanos no somos sino iberos, á quienes modificó los calores de la zona tórrida y las exuberancias infinitas de esta tierra virgen.

Nosotros los americanos representamos el producto de una raza por un medio, de una raza en quien se unieran «la vista y la agilidad del árabe, la fuerza y la robustez del godo, la inteligencia y el corazón del romano» (Arenga del general D. Antonio Ros de Olano), y de un medio en el que las fuerzas naturales parecen haber recibido misteriosa exaltación.

Nosotros los americanos nacimos de ese puñado de intrépidos guerreros que España envió á la conquista de estos mundos, impulsada, sobre todo, por el afán de glorias y aventuras, y en la que hombres, hoy casi legendarios, dieron á la Península días de grandioso poderío; pero esta consecuencia inmediata de la posesión, orgullo-

samente grande ante la historia, es pequeña comparada con otras más intensas y duraderas. Quiero referirme al nacimiento de estas nacionalidades, libres ahora, que, engendradas por el amor á la gloria, crecidas silenciosamente en tres siglos de conquista, contemplan hoy, con legítimo orgullo y cariñosa solicitud, á la madre santa y noble que en un arrebató grandioso de amor les diera vida.

Raro es el acto que no trae, al lado de consecuencias inmediatas, consecuencias lejanas, y por lo mismo más persistentes; así el amor, al lado de las inefables y por desgracia pasajeras dichas, que inmediatamente ofrece, trae como consecuencia lejana y duradera la conservación del hombre sobre la tierra. Y ¡enigma misterioso! por alcanzar estos resultados inmediatos es por lo que casi siempre se despierta y excita la humana actividad.

Esta ley se cumplió también en el pasado. España conquistó la América movida por el deseo de grandezas, característico de su raza, y al lado de la posesión inmediata que obtuvo, posesión perecedera, recoge hoy, como derivación tardía de aquel esfuerzo, el cariño intenso de todo un continente.

Para recoger este sentimiento, España nos envía á una parte de sí misma, y esta porción fragmentaria encierra todas las grandes virtudes del alma española, de aquella alma grande que precipitó á un pueblo á la conquista de un mundo,

y que hoy, al recuerdo de este pasado heroico, testimonio de pujanza, vuelve tranquila á emprender la lenta obra de unificar su pensamiento con el de este mundo que fué suyo. Y este nuevo conquistador de cerebros y corazones es el maestro más popular de España, es el hombre á quien debe la Península, en el libro, la reconstrucción de su pasado, y en la acción la preparación de su futuro; porque el profesor Altamira, como historiador, ha evocado con maravilloso colorido toda la historia y la cultura de su gloriosa estirpe, y como el creador de la Extensión universitaria en España, ha echado las bases de un futuro progreso.

Para haceros el portador de este sentimiento á España, es que la juventud universitaria ha querido congregarse en este recinto; recoged, pues, eminente maestro, esta floración amorosa de las almas jóvenes, recogedla abundantemente, para que cuando, en tranquilo reposo, allá en la vieja patria recordéis con cierta dulce melancolía estos campos floridos del corazón americano, podáis afirmar, convencido, á los vuestros que la América queda de fiesta, porque su alma joven ha correspondido intensamente á la promesa de amor que desde España le traéis.

En el álbum del Centro Universitario, el delegado de Oviedo escribió lo siguiente:

«Acuérdate, juventud, de esta fecha; y si algún día las palabras con que yo he reflejado tu